



Regalarse el tiempo

Macario Díez Presa

Todo el mundo sabe que el hombre es un ser temporal, pero ¿no olvidamos cómo vivir la temporalidad humana de manera que sea un regalo...?

Una cosa es vivir en el tiempo. Y otra muy distinta vivir el tiempo. El animal vive en el tiempo; pero ni vive ni es capaz de vivir el tiempo. Solamente el ser humano está hecho para vivirlo y vivenciarlo. Porque solamente él es conciencia reflexiva y motivante, capaz, en el caso, de dar sentido y orientación a su temporalidad o historicidad. Cabalmente, ahí radica el poder uno "regalarse el tiempo" a sí mismo.

¿Qué quiere significarse con tal expresión? El Diccionario de sinónimos traduce regalar-se por deleitarse, recrear-se, alegrar-se, divertir-se, en clara alusión a lo que todos tenemos de *homo lúdicus*. Proyecciones todas ellas que, sin negarla, trascienden la pura temporalidad. Y que, valiosas ya de por sí, se las busca en sí y por sí mismas. No coinciden con las actividades útiles o que son *para* otra cosa más exterior y exteriorizante. Más que "regalarse el tiempo", hombre y tiempo quedan polarizados en su actividad utilitaria por el objetivo que con ella se persigue, ya se denomine tal objetivo productividad, beneficio económico, competitividad, etc. Vivir el tiempo es, aquí, agotador más que liberante, informado como está por lo que alguien ha denominado gráficamente "la rapidez obligatoria" (D. Innerarity). La persona parece estar valorán-

dose aquí, no por lo que es, sino por lo que es capaz de hacer. Es la forma contemporánea de alienación que con tanta dureza se experimenta y cuyas novedosas y antitéticas manifestaciones son el *dopping* o aumento artificial de la capacidad de rendimiento físico, mental y psicológico mediante los estimulantes, y el *estrés* o agotamiento nervioso, que se combate con los calmantes. "Regalar-se el tiempo" no llegaría aquí a ser nunca una realidad.

TRASCENDER EL TIEMPO

Del genial y siempre sugerente san Agustín es esta bella definición de la temporalidad humana: "experiencial distensión del espíritu". Se está ya sugiriendo una cierta trascendencia del tiempo. Soy, sí, temporal. Pero no porque simplemente en el tiempo comience y concluya mi vida. Soy -valga la expresión- un tiempo temporalizante que se convierte en "tempiterno" (Paniker). Mi presente no es, pues, un puro y fugacísimo "instante, y, como instante, ceniza, no diamante" (Borges). Está tejido de mi pasado, es decir, con esa memoria y esos recuerdos, esos valores y esos logros, que han ido configurando mi más íntima personalidad. Y tejido de futuro, es decir, con mis ideales, utopías, sueños, anticipos, sorpresas, propósitos y metas que hacer realidad personeizante. Soy, en una palabra, mi propio pasado en la forma de haber sido, como diría nuestro Ortega y Gasset. Y soy futurizo, abierto hacia adelante, capaz de proyectarme y de vivir en busca de la felicidad. Sin dejar de ser resultante, mi vida es sobre todo aspirante y creadora.

En una cultura de la productividad y de la eficacia que instrumentaliza al hombre, al reducirlo a simple *homo faber*, que tan sólo mide y valora sus realizaciones, ¿dónde queda el *homo ludens* capaz de "perder" el tiempo para poder "ganarse" a sí mismo? El hombre de hoy necesita acotar la estresante amplitud de sus tareas, alternando su esfuerzo y su trabajo con esa "distensión" que permite a nuestra finitud nada menos que poder asomarse a un más allá del tiempo y encarar la infinitud y la eternidad. Son el descanso y la actitud contemplativa los que hacen más llevaderas las cosas.

Lo lúdico, en este caso, es esa actitud que adopta el hombre cuando busca o posee ya la plenitud, cuando persigue o ha alcanzado ya aquello que le importaba conseguir, cuando aspira o ha llegado al fin deseado. En una palabra, cuando busca o posee ya la felicidad. Lo lúdico es, pues, lo contrario a la pesadez, lo "superfluo", lo superabundante, las ganas de vivir festivamente la vida. Lo lúdico es "el gesto expresivo de estallar en dicha" (Plessner).

REGALAR-SE EL TIEMPO

He aquí, sólo insinuadas, algunas de sus más elementales exigencias "El descubrimiento de la lentitud" se titula una novela de S. Nadolny. Sería una primera exigencia: ser dueño del tiempo y de la situación; vivir serenamente y sin sobresaltos; abolir la prisa y dar más amplios márgenes a la pausa, convencidos de que "la demora misma es ganancia de sentido" (Nadolny). Se autorregala uno el tiempo cuando se combate el "espíritu de pesadez" con su contrario "espíritu de ligereza".

Incremento e incentivación de la propia experiencia en lo que ella tiene de más personalizador, por un lado, y de más comunal, por





son
el descanso y
la actitud
contemplativa
los que hacen
las cosas
más fáciles

otro. Una nueva exigencia. Al hombre superficial y derramado le es esencial aprender a despertar en sí mismo esas que podemos denominar experiencias "indebidas", que son, en última instancia, las más constructivas de toda vida humana.

Contemplación, como forma desinteresada, gratuita y gratificante de mirar y de ver el mundo, la realidad, a la gente: he ahí otra exigencia. Sólo quien deja o sabe dejar de lado sus intereses es capaz de contemplación. Y contemplar es "poner atento oído al ser de las cosas" (Heráclito), para que lleguen a mostrárenos desde sí mismas y poder así nosotros poseerlas en lo que tienen de más misterioso, sí, pero por eso de más enriquecedor. El contemplativo no es, no, un idealista. ¿Por qué había de ser menos realista quien contempla extasiado los colores de una flor o aspira su perfume que quien la analiza con su microscopio? ¿Por qué ha de ser considerado más realista el meteorólogo que observa la naturaleza para predecir el tiempo, que el poeta o el pintor ante un bello atardecer: esa hora en que la naturaleza revela las fotografías que ha hecho durante el

día? La verdad es que, obsesionados por las prisas de pasar de una actividad a otra, no sabemos dar lugar a reposadas, gratificantes y liberadoras actitudes contemplativas. No es el ocio o reposo el que haya de ser supeditado a la actividad. Es la actividad la que habrá de ser orientada desde y para el reposo. Lo subrayó ya el mismo Aristóteles.

HOMO FESTIVUS

El hombre es, en su misma esencia, *homo festivus*. El festejo es parte integrante de su humanidad. Sólo que el industrializado hombre occidental parece haber perdido su capacidad para la fiesta. Para la verdadera fiesta, claro está. Cabalmente, es en ella donde "regalar-se el tiempo" encuentra su más trascendente expresión. La fiesta es descanso, adorno, alegría, gratitud, celebración. Constituye una clara y solazante afirmación y manifestación del hondo sentido del tiempo y de la vida humana. En la fiesta hay una enriquecedora plenitud de sentido que se desborda. Y que nos anticipa, de alguna manera, la eternidad. La verdadera fiesta sólo aparentemente acontece aquí y ahora;

en realidad, se da más allá del tiempo" (Nébel). Lo que distingue a la fiesta verdadera de la artificial es que, en esta última, falta ese algo que nos viene dado como don o regalo que se recibe y que es, precisamente, lo que festivamente se celebra. "El hombre puede hacer la celebración, pero no lo que se celebra ni el motivo y fundamento por lo que se celebra" (Nietzsche). Cuando el hombre "fabrica" la fiesta sin verdadero motivo, los asistentes no tienen más remedio que ser "ellos mismos el espectáculo festivo" (Nietzsche).

Tal vez hoy hemos sustituido las fiestas por las vacaciones, por no tener nada que celebrar. Y ello es, en buena medida, una consecuencia de la pérdida del sentido religioso de la vida humana. Con toda razón se ha podido afirmar que en la fiesta es donde adquiere el hombre conciencia de estar enraizado en un orden sagrado de las cosas (Huizinga). Celebrar fiesta significa, pues, ponerse en presencia y entrar en contacto con la divinidad, reconocer la manifestación y la obra de Dios en el tiempo y "decir, sin fin, sí y amén" (Nietzsche). Razón tenía Platón al afirmar ser la fiesta de fundación divina. Y, por eso, hasta el mismo Nietzsche reconocía ser "la fiesta litúrgica la más festiva de todas las fiestas".

Se ha dicho que la verdadera felicidad humana presenta forma y contenido de fiesta. ¿No equivale a decir que la fiesta verdadera es fuente de felicidad?

Y concluyo con este pequeño poema que, titulado "Remanso del tiempo", puede ser una síntesis de todo expuesto en estas reflexiones:

Como una ría cansada
de no ser mar, mi despierto
soñar desde la aventura
se hace entono marinero.
Bogar es, sí, mi destino.
Mas bien sé que no tan lejos
todo es ribera de Dios
donde se remansa el tiempo...

Macario Díez Presa es profesor de antropología y poeta

